

A woman with long, wavy hair is shown in profile, looking down at a glowing lantern she is holding. The scene is set outdoors at sunset or sunrise, with a body of water and a hazy sky in the background. The lighting is warm and soft, highlighting the woman's features and the light from the lantern.

Autora best seller de The New York Times

SUSAN WIGGS

Entre nosotros

Profundamente conmovedora e inolvidable, *Entre nosotros*, es una historia emocionalmente compleja de amor y pérdida, familia y amistad, y el arduo camino hasta descubrir el verdadero sendero del corazón.

En el pacífico corazón de las tierras de los Amish, una situación de vida o muerte hace saltar hasta los CIMIENTOS de ese tranquilo mundo. La autora número uno en ventas de *The New York Times*, Susan Wiggs, nos ofrece una fascinante historia que desafiará nuestras creencias más profundas.

Atrapado entre dos mundos, Caleb Stoltz estaba atado por una promesa realizada en el lecho de muerte de un familiar de criar a sus dos sobrinos huérfanos en Middle Grove, donde la vida giraba en torno a la familia, la granja, la ¿fe? y las arraigadas sospechas hacia los forasteros. Pero, tras producirse el desastre, Caleb se vio arrojado a un ambiente urbano de medicina de alta tecnología y la despiadada vorágine de la vida moderna.

La doctora Reese Powell estaba destinada a unirse a la dinastía de médicos de sus adinerados y exitosos progenitores. Atrevida, enérgica y ágil de mente, vivía dedicada al adictivo frenesí de salvar vidas. Cuando un espantoso accidente llevó a Caleb Stoltz a su vida, Reese se vio obligada a tratar con una situación que desafiaba todo aquello que ella creía saber, empujándola a cuestionarse sus más profundas creencias.

Pero una acción impulsiva desató una guerra de culturas que desafió la naturaleza misma de la justicia, repercutiendo en sucesivas generaciones, tensando los frágiles hilos de la fe y la familia.

Dedicada a mi adorada hija, Elizabeth, que ojalá nunca deje atrás los cuentos de hadas. Te dedico este libro por razones tan profundas que dejaremos que todo quede entre tú y yo.

Prólogo

El día que naciste, cuando solo llevabas unas horas en este mundo, te metí en un viejo cajón de manzanas y te abandoné junto con un pedazo de mi corazón roto, como una ofrenda a un dios en el que no creía, pero en el que no me atrevía a no creer. Algunos dirán que fuiste un sacrificio humano, pero en ese momento yo me sentí como si el sacrificado fuera yo, no tú.

Porque en ese momento algo murió en mi interior.

Aunque era demasiado joven para saberlo, estaba sinceramente convencido de que te dejaba para que vivieras una vida mejor... no quería hacerlo, pero me asustaba lo que podría sucederme si no lo hacía.

Después de todo lo que habíamos pasado ese año, era lo bastante consciente como para darme cuenta de que mi juventud y mi ignorancia serían un peligro para ti, pero también era lo bastante listo como para saber qué debía hacer. Yo no sabía nada del mundo moderno, de la ciudad, de la ley, de los inexorables lazos que atan el corazón. Lo único que sabía era que estarías mejor si te aguardaba otro futuro. Con otra familia que te guiara. Viviendo una vida, lejos de Middle Grove.

Para entonces yo sabía muy bien lo que sucede en un hospital. Allí salvan a la gente. Me salvaron a mí. Por tanto te llevé a un lugar en el que sabía que te salvarían.

Por supuesto, eso no fue lo que se publicó. Las noticias se centraron en el aspecto más sensacionalista del caso, un bebé abandonado, un misterioso jeroglífico que resolver, un horrible secreto familiar oculto en el seno de una comunidad desconfiada y cerrada que se mantiene apartada del resto del mundo.

Pero la prensa no lo entendió.

UNO

La cosecha

AGOSTO

En su primera etapa, la dificultad es un milagro.

Proverbio amish

Capítulo 1

El destello plateado de un avión brillaba en el cielo de la mañana. Caleb Stoltz se subió ligeramente el sombrero y lo observó pasar por encima de su cabeza. El avión brillaba sobre el immaculado fondo azul del verano como si se tratara de una rara joya, preciosa e inalcanzable.

—Mira, tío Caleb, pistas de avión —observó Jonah mientras señalaba las dos columnas blancas que cortaban el cielo tras el paso del avión.

Caleb sonrió a su sobrino y le entregó un cubo galvanizado, medio lleno de leche, que acababa de sacar del cobertizo de ordeño.

—Se llaman estelas de condensación. No la derrames —le advirtió—. Enseguida vuelvo para desayunar.

Acarreando el cubo, el niño se encaminó hacia la casa de listones de madera blancos, los sucios pies descalzos dejando huellas superficiales sobre la tierra seca. Las delgadas piernas de Jonah, bronceadas tras un verano dedicado a nadar en Crystal Falls, subiendo un buen trecho por el arroyo, sobresalían de manera cómica de los andrajosos pantalones negros, que hacía poco le habían quedado bien. Pero, con once años, el chico crecía como el maíz en pleno verano. Caleb iba a tener que pedirle a Hannah que le cosiera un nuevo par de pantalones antes del comienzo del colegio, en unas pocas semanas. De no ser por cómo veía crecer a los niños, no tendría noción del paso del tiempo.

En una granja lo que importaban eran las estaciones, no los años.

Caleb lavó el cobertizo de ordeño, el chorro de agua si-seando sobre el suelo de cemento y mojándole las botas de faena. Cerró la manguera, la recogió y abandonó el co-

bertizo mientras miraba hacia arriba, al rastro de nubes algodonas que se deshacían en el cielo. El avión hacía un buen rato que había desaparecido, dirigiéndose a Nueva York, o Bangkok o a algún otro lugar que Caleb no tenía ninguna esperanza de poder visitar jamás. Estudió la ruta de vuelo y se preguntó por qué se llamaba ruta cuando no había ningún camino visible, nada que marcara el camino, salvo el aire invisible. La ruta solo podía verse una vez hubiera pasado el avión.

Si Rebecca estuviera allí con él, alzaría las cejas y lo reprendería por sus reflexiones ociosas. Y él la desafiaría a que le demostrara que los pensamientos podían ser ociosos, y ella frunciría el ceño en una expresión de incompreensión.

—Te lo juro, Caleb Stoltz —le diría antes de cambiar de tema. Así era ella.

Ah, Rebecca. Iba a ser lo más difícil de ese día. El problema le había estado preocupando demasiado tiempo ya. Había llegado la hora de dejar de aplazar lo inevitable. Se suponía que se entendían. Ella estaba convencida de que en cualquier momento recibiría el reloj de Caleb, el tradicional regalo de compromiso, y ella le ofrecería una tela bordada en señal de aceptación. Bautismo, matrimonio y familia le seguirían en poco tiempo. Aunque ella no mostraba especial inclinación hacia criar al sobrino y la sobrina de Caleb, ni de cuidar de su padre, estaba dispuesta a cumplir con su deber.

Caleb necesitaba reconocer la verdad que su corazón le gritaba desde el día en que los mayores de la iglesia le habían anunciado que debería casarse con Rebecca Zook. Y esa verdad iba a obligarle a una difícil conversación. Sentía un profundo y cálido cariño por Rebecca, pero no se trataba de un amor profundo, de esos que atan a un hombre y una mujer de por vida. Ni siquiera estaba seguro de que existiera esa clase de amor.

Y no sería justo darle falsas esperanzas.

De pie en el patio, echó un vistazo a la granja, fijándose en la extensión del amplio valle que descendía desde las montañas Pocono. Los campos eran un rico mosaico de maíz, trigo, alfalfa y centeno, esparcidos por las ondulantes colinas hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos, Eli Kemp y sus hijos segaban el trigo. Sus hoces se balanceaban al ritmo de una melodía que cantaban, el sonido viajando por todo el valle en el silencio de la mañana. Avanzaban por las hileras como una fila de laboriosas hormigas soldado mientras las horcas depositaban los tallos ordenadamente a un lado de la hilera. La mujer de Eli los seguía de cerca, haciendo los atadillos.

Así era Middle Grove, pensó Caleb. Fe, trabajo y familia, todo entrelazado y cosido con el habitual hilo de la devoción. Otros granjeros del distrito seguramente respirarían el cálido aire y ofrecerían una silenciosa plegaria. «Gracias por este día, Señor». Pero Caleb no. No desde hacía mucho, mucho tiempo.

Desde la granja vecina, el rugido de un motor hidráulico rasgó la quietud de la mañana, su tosido mecánico tapaba las canciones de los Kemp. Los Hauber se preparaban para llenar el silo. La trituradora de motor diésel partiría el maíz para su almacenamiento en el silo.

Caleb iría a ayudarles después de hablar con Rebecca. Mientras tanto se mantendría ocupado. Le gustaba estar ocupado. Le impedía pensar demasiado en las cosas. Ya había salido el sol, había tareas que hacer, y el trabajo avanzaba rápido cuando los vecinos se ayudaban.

Se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente antes de entrar en la casa. A pesar de las ventanas abiertas, en la cocina hacía mucho calor. La puerta de hierro de la vieja cocina bostezó ruidosamente en una metálica protesta cuando su sobrina, Hannah, añadió leña para preparar el café. El humo del fuego y el de las tostadas quemadas envolvían la estancia en una bruma gris.

—Hannah ha vuelto a quemar las tostadas —anunció Jonah, innecesariamente.

Su hermana, que tenía dieciséis años y era tan incomprendible para el muchacho como una forma de vida alienígena de una novela de ciencia ficción, apoyó los puños sobre las caderas.

—No habría quemado nada si no hubieras dejado caer la leche —contestó ella, mirando furiosa y acusadoramente hacia un charco blanco azulado sobre el gastado suelo de linóleo.

—Bueno, no se me habría caído si no me hubieses llamado «bebé llorica».

—Es que lo eres —respondió ella—. Siempre estás haciendo pucheros.

—Ya. Cuando te cases y tengas un bebé de verdad, sabrás lo que es eso.

—Eh, eh —Caleb levantó una mano para pedir silencio—. Aún no son las siete de la mañana y ya estáis peleando.

—Pero es que ella me llamó...

—Ya basta, Jonah —Caleb no alzó la voz, pero la firmeza de su tono acabó con la insolencia del muchacho. Los hermanos se peleaban mucho, pero también estaban unidos por un fuerte vínculo. Huérfanos tras un horrible desastre, compartían una sensación de vulnerabilidad que les hacía mantenerse unidos, más que la mayoría de hermanos—. ¿Habéis comido algo?

—Ha vuelto a mezclar los cereales con uvas —contestó Hannah—. Es asqueroso.

La extraña costumbre de Jonah de mezclar gelatina de uva con cereales siempre asqueaba a su hermana.

—Es mejor que quemar las... —al ver la mirada de advertencia de su tío, Jonah cerró la boca.

—Vete a casa de los Hauber —les ordenó Caleb—. Diles que enseguida voy.

—De acuerdo —Jonah se puso el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Ten cuidado cuando te acerques a las máquinas, ¿me oyes? —le advirtió Caleb mientras pensaba en las afiladas cuchillas de la trituradora y la potente barrena en el fondo del silo.

—No te preocupes, llevo ayudando desde que le llegaba a los saltamontes a la altura de la rodilla —contestó el crío con una descarada sonrisa, la que siempre conseguía que Caleb dejara de sentirse irritado—. ¡Oh! Casi me olvido de mi penique de la suerte —subió corriendo a la habitación y regresó con su amuleto.

Se trataba de un penique aplastado en una prensa de peniques del viejo aserradero de Blakeslee, un recuerdo del único viaje que había hecho Jonah fuera de Middle Grove. El niño guardó la moneda en un bolsillo y abrió la puerta de mosquitera.

—Hasta la hora de comer —se despidió Caleb.

—De acuerdo.

—Y no cierres de un...

La puerta se cerró de un portazo.

—Portazo —Caleb concluyó la frase mientras sacudía la cabeza.

Hannah seguía recogiendo la leche mientras Caleb se lavaba en el fregadero de la cocina. Por la ventana vio a Jonah atravesar el campo, corriendo como una liebre, hasta el silo. Jubilee, el collie mestizo que seguía a ese chico a todas partes, corría a su lado. Con un repentino salto, Jonah se impulsó en el aire y aterrizó con las manos sobre la tierra mientras las piernas y los pies descalzos volaban por encima de su cabeza en una impresionante voltereta. Era la especialidad del chico, el ágil cuerpecillo infantil exudando pura felicidad, quizás su manera de abrazar una mañana de verano perfecta.

En la cocina se instaló un incómodo silencio, tan espeso como el humo. Últimamente, Caleb no sabía cómo hablar con su huraña sobrina. Era muy pequeña cuando él había abandonado Middle Grove, acompañado de la furiosa som-

bra de desaprobación de los mayores. Su intención había sido encontrar una vida lejos de la comunidad, pero había regresado, arrastrado por una terrible tragedia. Y, para entonces, Hannah se había convertido en una flacucha y nerviosa jovencita de doce años, atormentada por las pesadillas sobre sus padres asesinados.

Y esa sobrina se había convertido en una extraña, la única chica en una casa de hombres, sin una mano femenina para guiarla. Solo Caleb, que no estaba preparado para tratar con ella, y su padre, Asa, un hombre que se aferraba con puño de hierro a las viejas costumbres. Algunas de las amigas de Hannah ya estaban siendo bautizadas y prometidas a los jóvenes. Pero él era incapaz de imaginarse a su sobrinita como esposa y madre.

Tras terminar de lavarse las manos y secarlas, preparó una bandeja con el desayuno de su padre y se lo dejó, como de costumbre, sobre la mesa. Asa siempre se levantaba temprano para leer *Die Botschaft*, en el tranquilo cuarto de herramientas junto a la casa. Caleb abrió un armario y sacó un fajo de dinero de la lata de café, doblando los billetes en su billetera. Cuando terminara las tareas, y después de hablar con Rebecca, tenía intención de acercarse a la granja Grantham y comprar un caballo nuevo. Baudouin, el robusto belga, ya estaba viejo. Ya había dado todo lo que tenía, y se había ganado una bien merecida jubilación entre los pastos y, por tanto, Caleb necesitaba sustituirlo. Conducía un coche de caballos de tiro para ganarse algún dinero extra que le permitiera hacer frente a los gastos de la granja. Su tiro era muy solicitado, sobre todo en invierno, cuando los coches se quedaban atascados y había que retirar árboles caídos en medio del camino. Era impresionante lo mucho que los ingleses necesitaban arrastrar.

Mirando de nuevo por la ventana, vio a Jonah trepar como un monito por la cinta transportadora para alimentar la trituradora con los atados de maíz. Al muchacho le encantaba subirse a sitios altos y siempre se ofrecía voluntario. A

Caleb también le había gustado esa tarea. El mundo tenía un aspecto totalmente diferente cuando se contemplaba desde la entrada alta del silo. Siempre se imaginaba la escena de la torre de *El Señor de los Anillos*, una novela prohibida que en una ocasión le había granjeado una buena tunda de su padre, que le había pillado leyéndola. Mientras alimentaba la trituradora con los tallos de maíz, solía imaginarse que las resplandecientes y rechinantes cuchillas eran las fauces de un feroz dragón que guardaba la torre.

—Siento lo de la tostada, tío Caleb —se disculpó Hannah mientras retiraba los restos carbonizados de la parrilla.

—No pasa nada —para aligerar el momento, él tomó un pedazo y le dio un buen mordisco, cerró los ojos y fingió saborearlo—. Ah —anunció—. Pura ambrosía.

—Oh, tío Caleb —ella rio—. Qué tonto eres.

—¿Quién es tonto? —Caleb se tragó como pudo el resto de la tostada y sonrió, mostrando unos dientes negros.

—De todos modos, ¿qué es ambrosía? Desde luego siempre utilizas unas palabras muy difíciles.

—Es lo que comían los dioses de la mitología griega —le explicó él—. De modo que supongo que significa algo lo bastante bueno como para servir de alimento a los dioses.

La chica dio un respingo ante la mención de los dioses, otro tema prohibido, antes de limpiar las migas de tostada de la encimera.

—Qué listo eres.

—Conocer el significado de una palabra no me convierte en listo.

—Pues claro que sí. Le oí decir a Rebecca que te habías marchado de aquí y regresado más listo, y que por eso aún no te habías unido a la orden, porque tu cabeza está llena de engreídas tonterías inglesas.

—A Rebecca le gusta escucharse a sí misma —ante la mención de su nombre, Caleb sintió un hilillo de sudor bajarle por la nuca.

La convicción de Rebecca de que el tiempo que había pasado lejos de allí le había vuelto orgulloso era otro motivo por el que no hacían una buena pareja. Obtener una educación no convertía a un hombre en orgulloso. Más bien lo volvía humilde.

Durante el tiempo que había estado alejado de allí, Caleb había hecho lo impensable. En contra de todos los principios de los amish, había asistido a la universidad. La educación tradicional de ocho cursos le había dejado el alma sedienta y había buscado los libros y el saber como un hombre sediento de limonada en un caluroso día de agosto. Cada día solía recorrer más de veinte kilómetros en bicicleta para asistir a clases en la universidad local, empapándose de lecciones de historia, filosofía, lógica, cálculo, y la clase de ciencia que no tenía nada que ver con la productividad de la cosecha o el cuidado del ganado. Había sido toda una lección de humildad descubrir lo mucho que desconocía sobre el mundo, lo mucho que aún le quedaba por aprender. Y no había hecho más que empezar cuando había tenido que regresar. Últimamente pensaba mucho en ese mundo que había descubierto más allá de Middle Grove, reluciente como una quimera en el horizonte, fuera de su alcance y, sin embargo, tentadoramente real.

Hannah terminó de recoger la cocina, a su manera descuidada y despreocupada. Cuando apareciera el padre de Caleb, sin duda iba a señalar todas las migas en el suelo y los paños de cocina tirados sobre la encimera. Seguramente también frunciría el ceño al contemplar su bandeja del desayuno y haría la observación de que una familia amish como debía ser, partía el pan en torno a la mesa, todos juntos, los rostros lavados iluminados por la inspiración de una silenciosa plegaria antes de dar cuenta de las tortas calientes con mermelada de bayas y gruesas lonchas de jamón salado.

Pero ellos no eran como las demás familias, y Caleb no podía hacer más.

—¿Tío Caleb?

Él se volvió ante el inseguro tono de voz de Hannah. Para su sorpresa, las mejillas de la muchacha habían adquirido un tono rojo que destacaba contra las cintas de su *kapp* o cofia amish negra.

—¿Qué quieres, *liebchen*? —preguntó utilizando la vieja palabra de cariño que, esperaba, le resultara reconfortante.

—Hay, eh, una noche de cantos el domingo por la noche en el gran salón —le contó ella—. Me preguntaba si podría asistir.

—Pues yo supongo que sí —contestó su tío.

Las cantos se celebraban en la iglesia, los domingos después del servicio. Los adultos se marchaban y los jóvenes se reunían en torno a la mesa y cantaban, no los lentos cánticos matinales destinados a la devoción, sino los más animados, destinados a hacer que los chicos hablaran entre ellos. En realidad, «hablar», significaba medirse, porque la meta era que los jóvenes se iniciaran en el arte del cortejo. Podía parecer algo artificioso, pero no más que un baile de instituto en el mundo exterior.

—De acuerdo entonces —contestó Hannah mientras agitaba las manos y miraba de un lado a otro.

—¿Algo más? —preguntó Caleb.

—¿Puedo volver a casa en la calesa de Aaron Graber? —pidió ella apresuradamente.

Caleb sintió una desagradable punzada en las entrañas. Aaron Graber, pensó. A Caleb no le gustaba mucho la idea de la pequeña Hannah correteando por ahí con un chico, sobre todo ese, de manos demasiado ágiles y que miraba a las chicas como el zorro mira a las gallinas.

Un ladrido, distante y nervioso, entró por la ventana, pero Caleb solo prestaba atención a su sobrina. Aquello era un asunto muy grande. La niña quería ser cortejada. Su pequeña Hannah. Parecía que no había pasado nada de tiempo desde que le había enseñado a golpear la pelota en el

softball, desde que la hacía reír con sus estúpidas bromas. ¿Dónde estaba esa Hannah?

—Bueno —contestó él—, no creo que...

—Por favor, tío Caleb —suplicó ella—. Me lo pidió especialmente.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió de golpe con violencia. El rostro de Levi Hauber era del color de la nieve vieja, y sus hombros temblaban visiblemente. Incluso antes de abrir la boca, el puro terror reflejado en su mirada hizo que a Caleb se le helara la sangre.

—Rápido —dijo Levi—, es Jonah. Ha habido un accidente.